UN IDILIO Y UNA ELEGÍA.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

UN IDILIO

Y

UNA ELEGÍA.

VIGÉSIMAQUINTA EDICIÓN.

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 7.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ, CARRERA DE S. JERÓNIMO, 2.

1892.

IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

No cumpliría con lo que me debo á mí mismo, si al reimprimir este Idilio, segunda obra mía leida en el teatro Español, no me apresurara á expresar mi vivo agradecimiento al eminente actor D. Rafael Calvo, que tan magistralmente ha penetrado el sentido de alguna de mis producciones líricas, avalorándola con la lectura; á la prensa que la ha juzgado con benevolencia excesiva é inmerecido encomio, y al público que me ha favorecido en esta ocasión, como no ha habido ejemplo hasta ahora en España, agotando en poco tiempo diez ediciones de *La última lamentación de Lord Byron.*

Aun cuando no hubiese tenido tantos motivos de satisfacción como los que me ha proporcionado la circunstancia, por mí no buscada, antes bien temida, de inaugurar en el teatro las lecturas públicas en la forma y con el carácter que en estos momentos revisten, sería para mí causa de regocijo, y si

me es permitido decirlo, de perdonable orgullo, la animación literaria que ha despertado en todos los espíritus el buen éxito de esta primera tentativa. Apenas hace siete meses que las lecturas se inauguraron, y ya han encontrado entusiasta acogida en los demás teatros de la Corte, en las corporaciones más doctas de las provincias, y en los mismos salones aristocráticos, donde han tenido su recepción solemne, merced á la poderosa iniciativa de un prócer ilustre, siempre propicio y dispuesto á patrocinar todo cuanto puede influir ventajosamente en el progreso y cultura de su patria.

Además, insignes poetas que gozan de universal nombradía han hecho saborear al público las bellezas de sus inimitables inspiraciones, donde campean el estro, la intención, la flexibilidad y la gracia, y otros no menos dignos de los favores de la fama, aunque no los hayan alcanzado todavía, se preparan á tomar parte en estas justas del ingenio, que anuncian, mejor dicho, determinan ya un nuevo y fecundo florecimiento de la literatura nacional. Es de esperar que en pos de la lectura poética concurra al certamen, en plazo no muy lejano, la lectura de obras en prosa, donde muestre la gallardía de su inteligencia y los primores de su estilo, la brillante pléyade de novelistas y escritores de costumbres, que es ya ornamento y honra de España.

Mas para que este movimiento sea fructífero y no desaparezca, como ligera ráfaga, sin dejar huella de su paso, menester es que el arte comprenda y

realice sus más elevados fines. Las lecturas no deben sólo ser vano y estéril entretenimiento, sino provechosa enseñanza, y cuenta, que al expresarme así nada está tan lejos de mi ánimo como abogar por el arte puramente didáctico, por el arte docente, por el arte puesto como humilde esclavo, cuando en la libertad estriba su grandeza, al servicio de intereses de escuela, de secta ó de doctrina. No: esto sería desconocer su naturaleza superior y cortarle las alas. Por más que deba inspirarse en los ideales que conmueven el mundo, sin volver desdeñosamente la espalda á las legítimas aspiraciones de su siglo, forzoso es convenir que no es el campo de las abstracciones filosóficas el más adecuado y propio para su desenvolvimiento. Su esfera de acción, esfera inconmensurable y luminosa, en la cual domina sin oposición alguna, es la del sentimiento, y en este anchuroso espacio es donde, hoy como nunca, tiene sagrados deberes que cumplir y una misión altamente moralizadora que llenar.

Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano; pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la ge-

nerosidad de sus propósitos; pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoista á que han llegado los caracteres y las conciencias. Todo está postrado, todo está caído, todo está casi disuelto; la fe religiosa, la fe política, el amor de la patria, la confianza en los principios, y por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de la justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho. Diríase que una corriente invisible, pero arrolladora empuja y precipita al mundo, falto de voluntad y fatigado del ejercicio de su propio pensamiento, hacia los abismos de la fuerza, donde, como en el seno de la muerte, todo enmudece, se paraliza y se corrompe.

Las cosas de la vida se eslabonan y enlazan, aun aquellas que menos relacion y contacto parecen tener entre sí, y todo estado social encuentra siempre en el período en que se revela, su manifestación filosófica y su expresión estética. La relajación de las costumbres coincide en los primeros albores del siglo XVI con el renacimiento pagano; la elegante y burlona incredulidad del siglo XVIII, que empezó riendo para concluir llorando, con la aparición de la *Enciclopedia*, y en nuestros tiempos, la decadencia de los caracteres y el creciente anonadamiento de los ánimos, se inician con el positivismo, que no niega la metafísica, pero que hasta cierto punto prescinde de ella; crecen con el materialismo, empeñado en arrojar á los dioses del cielo, valiéndose de los ad-

mirables descubrimientos de las ciencias naturales, y últimamente se completan con el pesimismo, ese engendro filosófico sombrío y desesperado, que acabaría con el mundo, si Dios, cuando le entregó á las disputas de los hombres, le hubiese entregado del mismo modo á sus demencias.

Influido el arte, singularmente en su manifestación literaria por estas tendencias desoladoras, que ha aspirado quizás sin darse cuenta de ello, como se aspira el miasma envenenado de las epidemias, se ha hundido en los excesos de un realismo, ó mejor dicho, de un naturalismo repugnante y vergonzoso. Francia es el foco del mal, desde donde irradia y cunde como un contagio por todas las naciones del continente europeo, que, con mayor ó menor intensidad, según la índole peculiar de cada raza, sienten los síntomas invasores de esta corrupción intelectual, en cuyo fondo fermenta, como futuro castigo, el despotismo de los Césares ó la tiranía de la plebe.

No se crea por cuanto dejo expuesto, que soy sistemáticamente hostil al realismo artístico. ¿Cómo he de serlo, si profeso la máxima de que las obras del ingenio solo alcanzan larga y gloriosa duración cuando se inspiran en la verdad de la existencia? Lo que censuro, combato y juzgo digno de reprobación es el convencionalismo realista, incrédulo, escéptico, inmoral, absurdo, que se entretiene en desfigurar, cuando no en calumniar, los sentimientos más puros, en prescindir ó burlarse de las aspiraciones más nobles, y en ahogar los gérmenes de toda virtud rege-

neradora, presentándonos el mundo como una cueva de bandidos, y el alma racional como una cloaca inmunda. Este convencionalismo hediondo, siendo tan falso como el convencionalismo idealista, es mucho más peligroso y antisocial, porque en último término, nada se pierde con que la imaginación vuele por los espacios infinitos, soñando imposibles, y nada se gana con que se revuelque, soñando infamias y monstruosidades, en el eterno estercolero de Job. No se forman ni educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente y para las prácticas de la libertad, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío; negando el valor y la finalidad moral de las acciones humanas; sometiendo la vida en el orden superior, á leyes ciegas é inexorables; lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza. Así podrán formarse generaciones de fieras ó de siervos; pero jamás se formarán generaciones de hombres ni de ciudadanos.

La lectura es una predicación, cuyo influjo sobre las costumbres puede ser grande y debe ser provechoso. Utilicemos en beneficio general esta especie de sacerdocio que la civilización nos confía, y procuremos por todos los medios posibles oponernos al oleaje sensual y escéptico que nos invade, ena teciendo para resistirle la idea de Dios, de la patria, de la libertad y de la familia, esas cuatro piedras

angulares sobre las cuales ha descansado y descansará siempre el edificio social. Trabajemos de consuno sin rendirnos al desmayo, por elevar el ánimo de nuestros contemporáneos en vez de abatirle con la revelación, no muy demostrada, de la impotencia definitiva de sus esfuerzos, y cuando la posteridad recoja nuestras obras, si es que merecen ser recogidas, podrá desconocer, quizás con razón, su valor intrínseco, su mérito y su importancia; pero por dura y severa que sea en sus juicios, no podrá negarnos, si emprendemos y perseveramos en el buen camino, la gloria de haber pretendido realizar en la humildad de nuestra vida una misión bienhechora y honrada. Yo, por mi parte, con esto solo me contento.

G. Núñez de Arce.

17 de Setiembre de 1879.

IDILIO.

I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
y bajadme del cielo
la imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, *Anquises* y *Medea*,
rompiendo su enojosa disciplina,
la turba estudiantina
regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo:
negro y sedoso bozo
mi sonrosado labio sombrëaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
alegre y hechicera
en los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
flor de inmortal fragancia
que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
en el rincón oscuro
de humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
pero mi hogar prestóla
blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
en nuestra honrada cuna
nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
y juntos compartimos
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

—¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
las plegarias del niño
que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
la gente nos veía
vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
buscábamos los nidos
en los frondosos árboles del huerto.

X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas,
entre las verdes hojas
crujir sentimos la insegura rama,
y antes de aprovecharnos del aviso,
hallamos de improviso
lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados
por viñas y sembrados,
nos postró la fatiga del camino,
y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
volvíamos á casa
en el carro de mies de algún vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras,
las no contadas horas
nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
piadosa nos rendía,
juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo deslizóse dulcemente
como mansa corriente
que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
mi buen padre dispuso
que mis graves estudios empezara.

XIV.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
por vez primera los paternos lares:
mi amante madre preparaba inquieta
la estudiantil maleta,
y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
ensillaba el overo
que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
inclinaba la frente,
callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusión ruidosa, pero grata,
la loca cabalgata
de otros muchachos á buscarme vino.
—Rayaba apénas la rosada aurora.—
—«¡Vamos, Juan, que ya es hora!»—
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entonces con abrazo estrecho
me atrajo hacia su pecho,
devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:
—«¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.»—

XVIII.

Puse fin á la triste despedida,
monté, tendí la brida
y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar:—«¡Que escribas, hijo!»
La niña nada dijo,
mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
pero ¡ay de mí! sentía
que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses después, de amor henchido,
tornaba al patrio nido,
fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana:
ancha franja de grana
teñía el cielo de matices rojos;
sepúltabase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
solté á mi potro el freno,
dejándole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
pero una voz gozosa
me contuvo diciendo:—¡Ay, hijo mio!

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
que sobre loma desigual descuella,
dándoles gracias por mi vuelta al cielo,
con impaciente anhelo
me aguardaba mi madre, y ¡también *ella!*

XXIV.

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
plazo el botón de rosa su clausura,
hiriéndome de pronto como un rayo,
aquella flor de Mayo
en todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
término á mi ansiedad apasionada:
observó nuestro tímido embarazo,
y con amante abrazo
nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosión de su alegría
sus besos repartía
entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afán mi corazón sediento
aspiraba el aliento
de la púdica virgen en su boca.

XXVII.

Mezquino y débil el lenguaje humano
pretendería en vano
pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
pero al lugar volvimos,
yo cabizbajo, y ella pensativa.

XXVIII.

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
que no llega á cuajar en la llanura.
¡Un instante no más! Sólo un instante
animó su semblante
fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza:
la ingenua confianza
de la edad infantil trocó en desvío,
y los alegres juegos que animaron
nuestra niñez, pasaron
como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces:
á veces grave, á veces
adusta y pronta siempre en sus enojos,
me hablaba sin razón con gesto esquivo,
y sin ningún motivo
se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del día
ya nadie nos veía
vagar sin rumbo en fraternal concierto
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
buscábamos los nidos,
en los frondosos árboles del huerto.

XXXII.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
pasaba por su lado,
tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
mas al quedarme solo
se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII.

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*
dirigía mi huella
hacia las ruinas del feudal castillo,
que sobre estéril y ondulada mota
alza su frente rota
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
aquella mole enorme
que muestra de los siglos el estrago:
crece en las hendiduras de la piedra
la trepadora hiedra
y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
turban de aquellas ruinas
la paz solemne con sesgado vuelo,
y alguna alondra al ascender inquieta,
símbolo del poeta,
que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
parece que reposa
aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que á sus plantas corre,
y la vetusta torre
proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
y hallar algún remedio
á mis ansias prolijas y secretas,
con brazo vigoroso y pié seguro
subía por el muro,
buscando apoyo en sus profundas grietas

XXXVIII.

Agil, robusto, dueño de mí mismo,
al través del abismo
alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
para ver en confusa perspectiva
la inmensidad arriba,
y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogían,
al acercarme huían,
y solo con mis penas en la altura,
de codos en el ancho parapeto,
miraba con respeto
el cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo
apartado del mundo
en aquel torreón del homenaje,
con íntima y tenaz melancolía
se engolfaba y hundía
en la infinita calma del paisaje!

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
del diáfano horizonte
el indeciso término cortaban:
por todas partes se extendía el llano
hasta el confín lejano
en que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII.

Cual dilatado mar, la miés dorada
á trechos esmaltada
de ya escasas y mustias amapolas,
cediendo al soplo halagador del viento
acompasado y lento,
á los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate,
que cae agavillado en los inciertos
surcos como, los muertos
en el revuelto campo de combate.

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrías y laderas crece,
y entre las ondas de la miés madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados.
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apenas la mirada alcanza,
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos y veredas,
los carros de anchas ruedas
pesadamente y sin cesar transitan,
y sentados encima de los haces.
rapazas y rapaces
con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
al través de los campos se dilata:
refleja en su corriente el sol de estío,
y el sosegado río
cinta parece de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
su marcha mansa y leda;
ya le obstruye la presa de un molino,
y como potro á quien el freno exalta,
párase, el dique salta
y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
cual nidos de palomas,
se agrupan en desorden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila,
ligeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro,
otro descarga el carro
que bajo el peso de la miés rechina.

LII.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afán trabaja,
y cual premio debido á su fatiga
desgránase la espiga,
y salta rota la reseca paja.

LIII.

Una pesada tarde en que el bochorno
como el vapor de un horno
caldeaba la tierra, embebecido
y suspenso ante el vasto panorama,
que al pie se desparrama
de la alta torre, me quedé dormido.

LIV.

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
hasta que de repente
me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
ví que el lóbrego manto
de las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
é insólita pavura
deshizo, como sombra, mi energía.

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
y se perdió en lo oscuro
del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
trémulo, sin aliento,
la señal de la cruz besé contrito.
Turbóse mi razón y como un loco,
empecé poco á poco
á bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
hincando con furor en la muralla
manos y piés, tan ciego y trastornado
como el pobre soldado
que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,
las temerosas aves
que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apénas.
La sangre de mis venas
corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
y de sudor cubierto,
buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
espacio, sentí frío,
luego un dolor agudo, luego... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo,
vertían llanto amargo
las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII.

—« ¡Vive!»—Mi padre alborozado dijo.
—« ¡Vive! »—con regocijo
mi madre repitió, mirando al cielo:
ella en silencio se enjugó los ojos.—
Postráronse de hinojos,
y la santa oración levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y vïolenta
sacudida sufrí, que estuve inerte,
postrado y sin hablar noches y días,
esperando las frías
y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
cuando tenaz delirio
mi razón y mis miembros embargaba,
cuando la abrasadora calentura
mi soledad oscura
de visiones terríficas poblaba,

LXVI.

con la sedosa cabellera suelta,
forma gentil y esbelta
parecióme entrever en mi extravío,
que se acercaba pálida, intranquila,
clavando su pupila
con honda angustia en el semblante mío!

LXVII.

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba, cuando el suave
calor sentía de furtivo beso,
que se posaba en mí como se posa
la leve mariposa,
sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba, cuando triste ó satisfecha,
en lágrimas deshecha
ó risueña y feliz, según mi estado,
mirábala sumisa á mis menores
caprichos y dolores,
como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿qué saca el pobre leño,
despojo inútil de la mar bravía,
sino hacer más pesadas sus congojas,
con recordar las hojas
que le vistieron de verdor un día?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;
mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
daba á mis miembros el vigor perdido,
mi dulce bien querido
recobraba su aspecto indiferente.

LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,
cuando la luz molesta,
y un viento sin rumor todo lo arrasa,
al pié, tendido en la agostada alfombra,
de un árbol cuya sombra
el sol calienta, pero no traspasa,

LXXII.

dejaba en perezoso enervamiento
vagar mi pensamiento,
atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
no apartaba los ojos
del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
con indecible pena
me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño
y exclamé sin pensar: —«¡Ingrata, ingrata!»—

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
breves instantes, levantóse incierta
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
y me tendió su mano,
que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

*

LXXV.

—«¡Sufres!—me dijo con afán.—¿Qué tienes?
¿con tan fieros desdenes
paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
sino llorar contigo cuando lloras.»—

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
á la traición? ¿las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba.
rompió al fin como lava
que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

—«¡Goza, gózate!—dije—fementida,
en enconar la herida
que con tu injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
que por dejar de amarte
me arrancaría el corazón del pecho.»—

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
llegar á mí, cual llega
la enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
y deslizó en mi oído:
—«¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
la cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañaras, Juan, me matarías?

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
como acerada flecha
me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
cuânto he sufrido!...»—Hablábame gozosa,
y en su mejilla hermosa
la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba extático... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
que resuena su voz, su voz vibrante
como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
la mar rugiente y sorda,
y con febril ardor de que me acuso,
quise estrecharla entre mis brazos; cuando
de súbito llegando,
en silencio mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
y dijo:—«Cuando acabes,
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»—

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
de su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
regresé al patrio nido,
como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
á cuyos muros me llegué temblando,
aguardábame sola y enlutada
mi madre idolatrada,
que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
—«¡Murió! ¿para qué vivo?»—
grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
—«Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!»—

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS.

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida
llega á calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida;
si es verdad ¡ay! que el afligido seno,
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno;
permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, llore contigo.

¡Ya no existe el pöeta! Pero en vano
querrá la muerte oscurecer la gloria
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la historia,
él exaltó la santa poësía,
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado *El Arpa del Creyente*
y amó la libertad. ¡Quién no ama al día!

No dobló al yugo del temor su frente,
ni la lisonja vil manchó su labio,
ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,
se opuso á la invasión de la mentira
con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,
combatió en pro de su fecunda idea
con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea
la dulce calma, el apacible encanto
que perdió en el fragor de la pelea,

y hoy en rústico y pobre camposanto
sus restos guarda honrada sepultura,
que el pueblo portugués riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura
cárcel, de eterno lauro coronada,
vuelve al seno de Dios intacta y pura!
Ejemplo sea á nuestra edad menguada,
en que más de un ingenio peregrino
en el fango del mundo se degrada,
y contrariando su inmortal destino,
como ramera sin pudor, ofrece
al éxito brutal su estro divino.
¡Ah! grande podrá ser, mas no merece
loa ni encomio el pensamiento humano
que se humilla, y se arrastra, y se envilece.
¿Quién al águila audaz, que el soberano
vuelo remonta, comparar podría
con el reptil inmundo del pantano?

¡Oh! religión del arte! ¡Oh Pöesía!
¡Comunión de las almas cuando llevas
la paz, el bien y la razón por guía!
¡Cuando contra la infamia te sublevas,
y con no usada majestad, el vuelo
hasta el principio de la luz elevas!
Pliega tus alas en señal de duelo,

y ante esa pobre tumba deposita
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!
Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡ay! á quien solo, sí, mas no olvidado,
duerme á la sombra de la cruz bendita.
A quien fué por tu numen exaltado,
de rica inspiración raudal fecundo
y tu apóstol al par que tu soldado.
Rompe el silencio lóbrego y profundo
que cubre el polvo desligado y frío,
del que llevaba en su cerebro un mundo.
¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío
no animarán los sueños de la vida:
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!
Mas bastan á su fama esclarecida
las altas crëaciones del poeta,
do su gran alma nos dejó esculpida.

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar como un atleta! (1);

(1) La novela *Eurico el Presbítero.*

¡Que ama y lucha á la vez con heroismo,
y ve rodar sin gloria ni esperanza,
su patria y su virtud hacia el abismo!
Cuando esparciendo el odio y la matanza,
la morisma feroz salva el Estrecho
y cual torrente incontrastable avanza
ante el imperio gótico deshecho,
la pasión insensata que le oprime,
con sacrílego ardor le abrasa el pecho.
Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,
y solo á costa de la inútil vida
de sus perpetuos votos se redime.
¡Cayó en el campo del honor! La herida
anticipó su fin; pero él llevaba
la muerte en sus entrañas escondida.
¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,
no estalla, en horas de incurable duelo,
la rebelión de la materia esclava?
¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo
la sed de lo imposible no le acosa?
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

Surge despues la imagen luminosa

del arquitecto Alfonso, que en su extrema
y ciega ancianidad, aun no reposa (1).
Le designó la voluntad suprema
para labrar maravilloso templo,
y es forzoso que acabe su poema.
De su viril constancia ante el ejemplo,
¡con cuánta angustia, de la edad presente,
la vergonzosa indecisión contemplo!
Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta á explicarse lo que siente.
Ya con sordo fragor se precipita,
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.
Sigue rebelde ó sierva su jornada,
y más que al ruego, al látigo obedece,
¡ay! cuando no vencida, fatigada.

Ante esta sociedad que desfallece,
del inspirado artista la figura
¡cuán excelsa á mis ojos resplandece!

(1) La narración histórica titulada *La bóveda*.

Lleno de genio, edificar procura
alta y extensa bóveda, que sea
terror y pasmo de la edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,
cual padre cariñoso, con tranquila
majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila
al comprender su temerario empeño,
y él mismo alguna vez duda y vacila.

—¿No pudiera, en verdad, ser el diseño
de la atrevida y portentosa nave,
la irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¡Quién lo sabe!—
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,

enterrar su vergüenza en los escombros,
y si decreta Dios la infausta ruina,
recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!
Su ardor redobla en la animosa empresa,
y la admirable fábrica termina.

Derríbase, por fin, la selva espesa
de cimbras y pilares, y el espanto
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,
y el noble viejo en éxtasis divino,
con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,
solo, abstinente, orando de contino,
vivió esperando hasta el tercero día
la catástrofe horrenda, que no vino.
Y la imponente nave todavía,
inmóvil cual granítica montaña,
el furor de los siglos desafía.

¡Oh, anciano ilustre, tu sublime hazaña,
de la dura labor á que se entrega
nuestra razón, el simbolismo entraña!
Aunque cansada del trabajo y ciega,
obediente á las leyes que la rigen,
sin cesar edifica, y no sosiega.
Dóciles á su voz desde su origen,
los pueblos con ruidosa incertidumbre
el monumento de su gloria erigen.
Teme á veces la ignara muchedumbre
que la nave espaciosa venga al suelo,
vencida por su inmensa pesadumbre.
mas la razón serena y sin recelo

sabe bien que en sus ejes de diamante
segura está la bóveda del cielo.
No caerá, no, porque el varón constante
deseche el miedo, y con afán profundo
en alas de la ciencia se levante.
¡Ah! si hubiese cedido al infecundo
pavor que nuestras almas encadena,
Colón no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cauce al egoismo,
y solo funda en movediza arena.
¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo.
Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,
y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, también vacilo,
y apénas sé donde posar mi frente.
¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,
dar la triste y postrera despedida

al dulce hogar que le sirvió de asilo?
¡Mas basta ya de indecisión! La vida
se engrandece al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,
y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el coro universal que canta
á la naciente luz:—¡Bendita seas!
Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
solo á la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes, espanta.—

¿Quién pudiera á los rayos de esa aurora
los seres convocar que de Herculano
forjó la fantasía soñadora!
Pero no abrigo el pensamiento vano
de animar las figuras colosales
que con diestro cincel labró su mano.
Las místicas angustias, las mortales
ansias, los rencorosos extravíos,
que él presenta patéticos y reales,
rebasarían de los versos míos,
si en ellos contenerlos intentara,
cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan solo en la región que avara
las ficciones y fábulas encierra,
se abrió camino su razón preclara.
Como rayo de sol que se soterra
por ocultos resquicios, é ilumina
los recónditos senos de la tierra,
el negro cráter, la profunda mina
y la gruta de abrojos resguardada
que conoce no más fiera dañina,
así del vate la sagaz mirada
penetró, fulgurando, en los oscuros
y hondos abismos de la edad pasada.
Y descifrando en los ciclópeos muros
de tan lóbregos antros, los inciertos
signos para allegar datos seguros,
buscaba en los sepulcros entreabiertos
de los tiempos antiguos, la memoria
casi perdida de los siglos muertos.
Si cuando, atormentado por la gloria,
con animosa espíritu escribía
del pueblo portugués la épica historia,
la fanática y torpe hipocresía,
medrosa de la luz, no hubiese roto
su pluma de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto
de envidiosas calumnias, él no hubiera
hecho de enmudecer solemne voto;
el monumento que con fe sincera
quiso alzar á la patria su erudito
y vasto ingenio, perdurable fuera.
Fuera como esas moles de granito
en que pueblos gigantes que no existen,
sus ya ignorados fastos han escrito.
¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:
las pirámides solo, que aún resisten.

Esa historia, entre tantas celebrada,
del egregio Herculano obra maestra,
¡ay! quedará por siempre inacabada.
Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros
gloria de Portugal... ¡y también nuestra!
¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros?
Hermanos son el español y el luso,

un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna los dispuso.
Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.
¿Á quién importa el rumbo que han seguido?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñón hacen su nido.
Ese sol que los sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.
Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho,
el mar, el rio, el llano y la montaña.
Cuando algún invasor, hallando estrecho
el mundo á su ambición, con ellos cierra,
la misma espada los traspasa el pecho.
El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrelos al morir la misma tierra,
y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.
¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,

pregunta Dios al vencedor impío:
—¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!
Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mutua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡oh Portugal! su llanto apura,
y en ti sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa á consolar tus penas;
pero no á compartir tus regocijos.
Podrá el recelo ruín, si no le enfrenas,
hacer que el odio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas;
podrá impedir nuestra unidad fecunda;
mas no evitar que de mi patria el llanto
con el que tú derrames se confunda.
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

FIN.